

Sé atrevido. Sé valiente. Te asustarás.

LA HORA ^{De} LAS BRUJAS

LIBRO DOS



EL
CORAZÓN DEL TROL

JACK HENSELEIT

LA HORA ^{De} LAS
BRUJAS

LIBRO DOS

TÍTULOS DE
LA HORA DE LAS BRUJAS

EL CUCHILLO Y EL VAMPIRO

EL CORAZÓN DEL TROL

LA HORA ^{De} LAS BRUJAS

LIBRO DOS

EL CORAZÓN DEL TROL

JACK HENSELEIT

ILUSTRACIONES: RYAN ANDREWS

edebé

Original title: THE WITCHING HOURS 2: The troll heart
Text copyright © 2018 Jack Henseleit
Illustration copyright © 2018 Ryan Andrews
Design copyright ©2018 Hardie Grant Egmont
First published in Australia by Hardie Grant Egmont Pty. Ltd.
"This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com"
All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© Traducción: M.ª Carmen Díaz-Villarejo
© Ed. Cast.: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones Generales: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia

Primera edición, octubre 2018

ISBN: 978-84-683-3858-3
Depósito legal: B. 21750-2018
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para mis padres, Teresa y Phil
—y para *Craw*, el monstruo que vivía en nuestra piscina.



1

UNA SENSACIÓN ESCALOFRIANTE

—¿QUÉ CREES QUE PASARÁ LUEGO? —PREGUNTÓ
Max.

Anna subió la vista desde el libro y le entró un escalofrío. Las salidas de la calefacción estaban tapadas por el montón de bolsas y maletas del profesor, así que la temperatura dentro del coche era bastante fría. Las ventanillas de ambos lados estaban llenas de vaho.

Max se inclinó hacia su hermana, manteniendo un tono de voz bajo y misterioso.

—Este tiempo es muy sospechoso, ¿no crees? Desde que dejamos el aeropuerto solo hemos visto niebla. ¡Quizá nos encontremos otra vez con vampiros!

Cada palabra que pronunciaba se veía envuelta en una nube de vaho.

Anna frotó el cristal de su ventanilla con la mano y frunció el ceño.

—No creo, Max. En Inglaterra el tiempo es así.

Era una mañana fría y con niebla en la campiña británica. Las nubes bajas envolvían entre olas de bruma los prados y el coche. Grandes arbustos verdes y frondosos bordeaban la carretera con sus hojas cargadas de rocío. Anna sentía que se desplazaban entre un enorme laberinto vegetal.

Max se recostó en su lado del asiento trasero del coche, frunciendo el ceño frente al cristal lleno de

humedad. Anna miró su cuaderno intentando concentrarse de nuevo. Oscuros recuerdos de un oso peludo y un resplandeciente cuchillo llegaban a su memoria; y lo más nítido de todo era una malvada cara con ojos blancos y brillantes. Con un gemido, Anna cerró el cuaderno. Sabía que en ese momento le sería imposible acabar la historia. Daba igual el empeño que pusiera, no podía escapar de sus recuerdos.

Esos recuerdos tenían colmillos.

Había pasado un mes desde que Anna y Max corrieron una gran aventura en los bosques de Transilvania. Junto con su amiga Isabella, los niños habían descubierto unos secretos escalofriantes, incluyendo el hecho de que los vampiros existían de verdad y eran mortíferos. Estaban prevenidos contra la existencia de seres fantásticos y monstruosos, pero era la amenaza de más vampiros lo que asustaba a Max desde que le rap-

tó un chupasangre en Rumanía. Desde entonces temía salir de casa cuando llovía, por si acaso era un vampiro el que controlaba el tiempo atmosférico. También había adoptado la costumbre de llevar siempre unos dientes de ajo en el bolsillo. Anna los podía oler incluso con el frío que hacía en el coche.

A pesar de todas las precauciones de Max, o quizá gracias a ellas, no habían visto vampiros en su casa, ni en su calle ni en el colegio. La nueva señora de la limpieza de su casa no era un vampiro; ni la profesora de Max, aunque se quejara mucho del olor que desprendía la ropa del chico. Tras ese viaje, sus vidas habían vuelto a la normalidad.

Anna cerró los ojos. Después de derrotar al vampiro, se había sentido aliviada por haberlo quitado de en medio. Pero... colarse en un castillo en ruinas y haber recorrido el bosque a lomos de un

oso en mitad de la tormenta había sido muy emocionante. Al igual que cuando, en la vieja posada, encontró un cuchillo mágico que todavía guardaba envainado junto a ella. Todos los libros que había leído sobre Inglaterra hablaban de un país lleno de misterios: un sitio donde grupos de niños inteligentes se rebelaban contra ladrones y contrabandistas, persiguiendo a los delincuentes por túneles escondidos y lugares secretos. Probablemente hubiera también monstruos. Pero teniendo su cuchillo blanco, quizá sería divertido encontrarse otra vez con algún ser fantástico.

Algo se posó sobre el hombro de Anna.

Los ojos de la niña se cerraron. Sobre su hombro había algo muerto, con sus pálidas extremidades moviéndose como las patas de una araña. Tan pronto como se las quedó mirando pararon de moverse, justo cuando una de esas extremidades estaba a punto de llegar hasta su cuello.

—¡Max! —gritó Anna.

El profesor profirió un grito ahogado y dio un bote al asustarse, y de un volantazo el coche se salió de la carretera. El coche giró bruscamente hacia un extremo, dirigiéndose hacia los arbustos. Anna gritó cuando las ramas y las hojas arañaron ruidosamente las ventanillas. Con otro volantazo, el profesor volvió a tomar el control y los niños suspiraron aliviados al encontrarse de nuevo en mitad de la carretera.

—¿Qué pasa ahí detrás? —preguntó el profesor—. Eso ha sido muy peligroso.

—Perdón —murmuró Anna—. Ha sido culpa de Max.

—No es verdad —respondió Max.

—Sí es verdad. Te he dicho que apartaras eso de mí.

—Sabes que no puedo evitarlo —dijo Max—. A veces se me escapa sin poder controlarla.

Anna lo miró fijamente. Un terrible recuerdo de su primera aventura acababa de llegar a su mente: la *muerte* de la mano derecha de Max. El vampiro había chupado toda la sangre y la vida de los dedos de Max, y aunque había pasado ya un mes desde que sucedió, su mano no había mejorado. Su piel estaba pegada a los huesos y la carne de la palma de la mano había adquirido un color blanco grisáceo, con terribles manchas verdes. Max también decía que sus dedos a veces se movían sin que los pudiera controlar. Pero Anna lo dudaba. Decir que su mano se movía sin control era la excusa perfecta para molestarla sin que ella pudiera protestar.

—Perdona —dijo Max—. Ha sido sin querer.

Anna seguía mirándole fijamente.

—No te preocupes. Intenta no hacerlo de nuevo —dijo con expresión más dulce.

—¿Que no haga qué? —preguntó el profesor.

—No, nada —contestó Anna. Entonces se in-

clinó para cambiar de tema—. ¿Vamos a llegar pronto?

Como de costumbre, el asiento del copiloto estaba repleto de mapas. Anna se alegró de que a la vista estuviera un atlas de carretera nuevo, abierto y sujeto con una piedra rara que el profesor había encontrado en una expedición. Tras mirar el atlas con más detenimiento, se llevó una desilusión. El mapa estaba marcado con una maraña de carreteras y caminos que se extendían en todas direcciones, y parecía que el profesor había dibujado en él otras líneas. No se había imaginado que Inglaterra pudiera parecer un laberinto.

—Sí, ya casi estamos —entonces el profesor entrecerró los ojos ante una espesa nube frente al parabrisas—. Quizá hayamos llegado ya, es difícil decirlo.

—Podríamos parar y preguntar a alguien —sugirió Max.

—Por aquí no hay nadie —respondió el profesor.

Anna tenía la mirada fija en la carretera. El profesor parecía tener razón. Y entonces una figura apareció entre la niebla.

El profesor frenó bruscamente. Anna y Max se echaron hacia delante en sus asientos, y el libro de Anna se cayó al suelo con las páginas dobladas. La figura misteriosa se acercaba a ellos. Una de sus manos se estiró y sus dedos se doblaron en un puño. Anna y Max vieron horrorizados cómo aquella figura subía el brazo y bajaba su puño hasta la puerta del profesor, dando porrazos en la puerta del coche.

—Baje la ventanilla —dijo una voz ahogada.

—¡No lo hagas, papá! —exclamó Max.

El profesor tragó saliva. Con una mano temblorosa bajó su ventanilla y respiró agitadamente al entrar en el coche el aire frío de la mañana.

Un rostro afilado los observó a través de la ventana abierta. Era el rostro de una mujer. Su tez era muy pálida debido al frío y su pelo negro brillante destacaba sobre la niebla. En sus manos tenía una lata grande.

—Buenos días. ¿Se van a unir ustedes al grupo de búsqueda? —preguntó la mujer.

—¿Cómo dice? —respondió el profesor.

La mujer frunció el ceño.

—Oh, es forastero, ¿verdad? El peaje, por favor.

El profesor pestañeó sorprendido y la mujer le lanzó una mirada severa.

—Hay un puente de peaje un poco más adelante. Tiene que pagar para cruzarlo. Son ochenta peniques, por favor.

Anna se desabrochó el cinturón y se inclinó hacia el hueco entre los asientos delanteros para intentar ver el puente, pero no veía nada. El pro-

fesor tampoco sabía que allí hubiera un puente. Inmediatamente tomó el atlas de carreteras y se lo acercó a la cara.

—Hay alguien detrás de nosotros —dijo Max de repente.

Anna se dio la vuelta. Las luces de otro coche se veían débilmente entre la niebla. Max se hundió en su asiento, como si temiera ser visto.

La mujer golpeó sobre el cristal con los nudillos de forma impaciente.

—Son ochenta peniques; si no, dese la vuelta. No puede bloquear la carretera.

El profesor murmuró algo indescifrable y señaló con su dedo una línea que había dibujado antes en el mapa con lápiz rojo. La mujer volvió a abrir la boca. Anna tomó el monedero del profesor y aflojó los cordones.

El saquito estaba lleno de monedas de diferentes países. Algunas parecían tan viejas que Anna

dudaba de que todavía fueran de curso legal o que se reconocieran bajo la mugre negra y verde. Le temblaron las manos mientras inspeccionaba el monedero, y sacó dos monedas plateadas donde estaba inscrita la palabra mágica «cincuenta peniques».

—No tengo cambio —dijo la mujer al ofrecerle Anna las monedas—. No les puedo devolver nada.

—No se preocupe —dijo Anna despreocupada porque no era su dinero—. ¿Nos puede decir dónde estamos?

—Yo sé dónde estamos —apuntó el profesor.

No lo dijo muy alto y Anna lo ignoró mirando con esperanza hacia la mujer. La mujer empezó a mover los labios.

—Si después del puente giran a la derecha, la carretera los llevará hasta el pueblo. Allí hay señales y la gente los podrá guiar hasta la autopista, si es allí hacia donde se dirigen —la mujer hizo una

pausa—. También pueden seguir la orilla del río hacia la izquierda, pero allí no hay nada, solo el viejo hotel Barba de Chivo.

Anna pensó que el tono de voz de la mujer al pronunciar el nombre del hotel era más bien duro. Sin embargo, el profesor no pareció darse cuenta.

—Justo lo que pensaba. A la izquierda después de cruzar el puente. Muy fácil —dijo el profesor.

—Gracias —contestó Anna a la señora.

La mujer asintió. Durante un momento parecía que iba a decir algo más, pero el profesor ya estaba cerrando la ventanilla. Anna oyó el sonido metálico de las monedas al caer en el bote.

—Qué señora más agradable —comentó el profesor.

El coche avanzó. Los setos a ambos lados del camino se desdibujaron mientras otras formas comenzaron a aparecer entre la bruma: un edificio de piedra no más alto que la marquesina

de una parada de autobús donde se podía leer «PEAJE», y después el puente. Anna inclinó el cuello para ver si veía el agua al pasar, pero la niebla tapaba la corriente. Todo lo que veía era una capa blanca.

El profesor giró a la izquierda.

—¿Qué significa «grupo de búsqueda»? —preguntó Max.

Anna iba a contestar cuando una sirena sonó estrepitosamente por detrás de ellos. Los niños se dieron la vuelta mientras un segundo coche los adelantaba con una luz azul y roja en el techo. Anna pudo leer la palabra POLICÍA en la puerta trasera antes de que el vehículo los adelantara desapareciendo en el siguiente giro.

—Oh, vaya, espero que nadie esté herido —dijo el profesor.

Anna se sentó bien con su frente arrugada. ¿Por qué estaría la policía por un lugar perdido? ¿Qué

es lo que la mujer del puente les había querido decir? Y si había un grupo de búsqueda, ¿qué estaban buscando?

El coche desaceleró. Un edificio alto y encorvado emergió tras la niebla. Anna sintió que un escalofrío recorría su espalda, y pensó en suplicar al profesor que diera la vuelta, y cruzara el puente para dirigirse al aeropuerto. Max se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos y Anna supo que él pensaba lo mismo.

—Creo que este es el sitio —comentó contento el profesor—. Voy a salir a comprobarlo. Vosotros quedaos aquí y portaos bien.

Antes de que pudieran responder, el profesor desapareció entre la bruma.

—La mujer no quería que viniésemos aquí, seguro —apuntó Anna.

Max miró a su alrededor, tirando de los cordones de su sudadera.

—¿Y si a papá le pasa algo malo?

Los dos hermanos se quedaron en silencio. Bucle de niebla blanca llegaban hasta las ventanillas, dejando un rastro húmedo en los cristales. Los niños empezaron a temblar.

Y entonces algo chocó contra un lado del coche con un tremendo: ¡BUM!